

NÚRIA BEITIA HERNÁNDEZ

Dos para saber, dos para parir¹

Quiero agradecer estar hoy aquí ya que el Seminario de Duoda es para mí un lugar esperado en el que encuentro, año tras año, guía y alimento para mi deseo de libertad en el mundo.

Hoy estoy, además, invitada a transformar esa vivencia de libertad en palabra pública, y eso tiene mucho que ver con haber estado sentada enfrente, pues mi experiencia de maternidad tomó cuerpo en mí a partir de algunas semillas que germinaron en mi interior provocándome aberturas en donde acoger algo de lo que, hasta entonces, no me había sentido capaz. Una de esas semillas fue el Seminario de Duoda del año 2001. Un encuentro que me resultó especial no sólo por lo que compartimos entonces sino por su precioso y atrevido nombre: "El placer de ser cuerpo".² Recuerdo que desde que supe como se llamaba estuve paladeando el nombre de una criatura que aún no había visto la luz pero que, de alguna forma, ya se había encamado en mí.

La maternidad no es un lugar al que llegar sino un camino. Y ese proceso no comenzó cuando fui madre (cuando nació mi hija Zira) sino que empezó a serlo mucho antes, se originó en un tiempo en el que ni siquiera quería serlo.

Me aterraba la idea de ser madre. Me daba mucho miedo parir y me abrumaba la responsabilidad de criar una criatura. Lo de estar embarazada,

sentir dentro de mí la presencia de otra, de otro, es algo que siempre me había parecido muy especial y bello pero no se puede vivir solamente esa parte del proceso.

Por ese miedo a ser madre, por conjurarlo con una idea de control exagerada, estuve tomando anticonceptivos durante muchos años. Pero eso no era suficiente para apagar una inquietud, algo que no se presentaba en forma de deseo sino de pregunta, de negación y de contradicción.

¿Por qué yo, una mujer que no quería ser madre, guardé celosamente, y durante muchos años, un folleto de la cooperativa Titania, un espacio de preparación al parto?

O ¿Por qué le dije a una amiga que no quería tener hijos pero que si alguna vez los tenía quería parir en casa? Ante ese comentario, ella me miró como si yo estuviera delirando y me dijo que sí queriendo decir que no y añadió:

- Sí, i jo estaré a la porta de casa teva amb una ambulància preparada!

Me enfadé mucho con ella. Me enfadé porque no confió en mí y también porque me dijo que parir es peligroso. Me enfadé, además, porque no me sentí capaz de decirle que me había enfadado. Me callé hacia afuera pero pensé mucho sobre eso como nos invita a hacer María Zambrano: *pensar es ante todo -como raíz, como acto- descifrar lo que se siente*,³ el enfado se convirtió en un sendero, en “un camino que me llevó a un claro”.⁴

Y esa idea “extravagante” de no desear ser madre pero de que si lo era quería parir en casa y que hasta entonces se me aparecía como una contradicción, lo que removió en mí fue una paradoja: mi “no quiero parir” era, en realidad, un “no quiero parir en el hospital”. O lo que para mí era lo mismo: “no quiero parir en el patriarcado”. Es decir no quiero parir indefensa, sola y alejada de mí misma. No quiero ser una madre no libre.⁵

La cara de mi amiga ante mi propuesta de parir en casa me mostraba que mi deseo no era considerado como tal sino como una locura, como una falta

de responsabilidad y de buen juicio por mi parte.

“Locas” llaman a las Madres de la Plaza de Mayo, un adjetivo peyorativo⁶ que pretende ser un ataque ante su insistencia de nombrar la insensatez del poder que destruye la vida, que destruye la obra materna, y que esas mujeres nos siguen mostrando.

Una explicación causal que a menudo se da cuando una mujer narra que parió en casa es el de la falta de tiempo para llegar al hospital. Como si no fuera concebible que esa decisión haya sido tomada con calma, con serenidad y con sentido de la responsabilidad.

Y otro lugar recurrente es, o bien el de la admiración, la heroicidad (¡que valiente eres de parir en casa!) o el de la naturalidad (parir es algo natural y todas las mujeres lo han hecho siempre, tampoco es para tanto).

Cuando la decisión de una mujer de parir en casa se interpreta como el producto de la locura, de la urgencia o de la mitificación o la naturalización, lo que se produce es una ocultación de su deseo femenino real.

El mío fue el de acoger a mi criatura en un lugar especial para mí: mi propia casa. Quería sentirme en casa y no “como en casa”, que es algo que la quiere sustituir pero que no es ella misma.

No es que quiera rechazar las ventajas que la ciencia médica nos ofrece en relación al cuidado de la salud y al parto. Pero creo imprescindible conocer su idoneidad, valorar su precio y ponerlos en relación con el deseo con el que cada mujer quiere vivir. Y también se trata de escuchar y de entender lo que mi cuerpo, yo misma, tengo para decirme, para mostrar. Acoger el síntoma como a un mensajero que trae un mensaje de vital importancia y no como a un enemigo al que hay que eliminar.

Yo no supe escuchar el dolor que, en mi adolescencia, acompañaba a la regla. Entonces no encontré mediaciones para dar sentido a esa molestia y empecé a tomar anticonceptivos porque el ginecólogo de la Seguridad

Social me los recetó. A partir de entonces la sangre me visitaba de forma puntual, podía preverla con el calendario en la mano, sabía lo que duraría y lo que tardaría en volver a venir... Me embriagaba la omnipotencia de control. Ese es el mayor problema de la medicina científica: que no desea conocer para saber sino para dominar.

Nunca más volví a ir a un ginecólogo pues supe que él no podía saber de mí. Que mi deseo, mi necesidad, mi dolor, mi molestia y mis preguntas no podían encontrar eco en un cuerpo que no fuera similar al mío. Con los años conocí a Eugènia Llor, una ginecóloga que vivía su profesión desde su cuerpo de mujer. Ella hizo sitio en mí para que decidiera dejar de tomar pastillas y con ello empecé a sentir todo lo que en mi cuerpo había quedado acallado durante tanto tiempo. ¡Me di cuenta que podía "ver" cuando ovulaba! Podía saber de mis entrañas y ese conocimiento me produjo mucha felicidad, mucho placer y mucha fuerza... y también temblor.

Un temblor conectado a un misterio, el que viví cuando, a los 6 años, me preparaba para hacer la Primera Comuni3n. Las niñas de mi clase debatíamos sobre las grandes cuestiones de la vida: la existencia de los Reyes Magos y ¿de donde vienen o qui3n trae a las hijas y a los hijos? Un día nuestra maestra, la seńorita Garriga, nos escuchaba mientras le trenzaba el pelo a una niña y de pronto, como no pudiéndose aguantar, exclamó:

- ¿Pero cómo puede ser que no os hayáis enterado todavía⁷ si hace semanas que estamos rezando: ... *Y bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús?*⁸

...el fruto de tu vientre...

Algo divino hay en el nacimiento de cada criatura humana. El "pecado" de la medicina científica es la falta de admiraci3n y de humildad ante ese misterio. Por eso del "bendita tú eres entre todas las mujeres...", que honra el milagro de crear vida que se da en el cuerpo femenino, se pasa, en muchas ocasiones, a un "reñir" a las embarazadas, y también a las que desean estarlo, por casi todo: por estar demasiado gordas o delgadas, por

tener demasiado azúcar o poco hierro, a veces incluso por preguntar...

Barbara Duden en su artículo *"El concepto de "Vida": un ídolo moderno y una amenaza para las mujeres embarazadas"*,⁹ diferencia dos miradas en relación al embarazo: *una visión biocrática y una visión histórica*. La mirada biocrática brota de una comprensión técnico-administrativa del mundo, en la cual se imputan a la mujer embarazada "necesidades" de diagnóstico, de terapias y de orientación pedagógica, con "derechos", para ella a los servicios correspondientes y, para los profesionales, al monopolio de su suministro.¹⁰

La mirada histórica reconoce a la embarazada el derecho de estar sobre sus propios pies, de oler con su propia nariz y de juzgar según su sentido común.¹¹

Como les ocurre a muchas mujeres, supe que estaba embarazada antes de la primera "falta".¹² Me lo reveló mi propia nariz (cambió mi olor corporal) y también un sueño. Pero para ser atendida como embarazada en un centro de salud tuve que esperar que el resultado del análisis de orina corroborara la certeza de ese saber.¹³

Una vez confirmado mi embarazo fui a la primera visita con la comadrona, en la que más que recomendaciones recibí instrucciones y más que aumentar mi confianza lo que aumentó fue mi miedo. Al final de la visita, y casi de pasada, me dijo: *¿Alguna pregunta?* Y yo, que tenía muchas, sólo hice una:

- *he pensado en parir en casa, ¿me podrías informar sobre las opciones posibles?*

Ella puso la misma cara que mi amiga había puesto unos años antes y me dijo cosas parecidas:

- *En nuestro país no es seguro hacerlo. Eso se puede hacer en otros países, como Holanda, en los que tienen suficientes ambulancias especiales,*

con unidad de urgencias incluida, para apostarlas ante la casa de todas las mujeres que están pariendo.

Ahora sé que no es verdad que en Holanda haya una ambulancia en la puerta de la casa de las mujeres que están pariendo. En Holanda, como aquí y como es lógico, las ambulancias se usan cuando hay alguien grave y es urgente llevarlo al hospital. Esa mujer creía, de verdad, en ese mito y por eso me lo contó.

Todo mito muestra algo y, a la vez, lo oculta. Eso permite que quede lugar para poder darle un significado propio. La maternidad es una vivencia tan grande y tan compleja que es normal que se haya rodeada de muchos mitos.

Quizás el más potente sea “parirás con dolor”,¹⁴ la sentencia con la que Yahvé condenó a Eva después de que ella comiera del fruto del conocimiento. Una sombra que planea sobre el imaginario de muchas niñas y mujeres, yo una de ellas, y que transforma el temblor en terror.

Y con esperanza y miedo fui a conocer a las mujeres de Titània. Y ellas me mostraron que “parirás con dolor” es, también, una maldición, es decir un deseo de alguien de que algo vaya mal. Y como les ocurrió a las feministas, que descubrieron que el patriarcado era un hecho histórico¹⁵ y no algo inherente al vivir humano, yo me sentí ligera pues entendí que había otras formas de parir, con placer incluso como narran algunas mujeres. Aunque placer y dolor no son dos lugares contrarios sino dos sentires humanos y como tales se pueden dar a la vez.¹⁶

Pepi, una de las comadronas, me contó que en su pueblo había una comadrona muy grande en edad y en experiencia. Cuando una mujer se ponía de parto ella acudía a su casa y se solía sentar en un rincón de la habitación a hacer punto de media: la parturienta contaba con su presencia y, a la vez, se quedaba tranquila sintiendo que todo estaba bien ya que la “experta” no hacía nada más (ni nada menos) que acompañar y esperar.¹⁷ “Estado de buena esperanza” es otra de las maneras que en lengua

castellana tenemos para decir que una mujer está embarazada. Una espera no sólo para que la criatura se forme en el seno de su madre sino un tiempo necesario, también, para que la mujer pueda abrirse (física y emocionalmente) al nacimiento de su criatura y a ella misma como madre. Un orden simbólico: el de "acompañar a nacer" y un desorden: el de "sacarte". Forzando las aberturas que una mujer ha de hacer cuando pare pero sin que su deseo esté mediándolas: acelerando las contracciones con occitocina, cortando el perineo con un bisturí... Parece todo encaminado a decirle: tú no puedes, nosotros lo haremos por ti.

Descubrir que "podía", que "era capaz" fue uno de los regalos más preciosos que recibí en el parto de mi hija. En nuestros tiempos se habla mucho del empoderamiento como algo que a las mujeres nos falta y que con ello nos sentiríamos mejor y más libres. Tere, la comadrona que me acompañó en el momento de parir sabe que eso no es una técnica a aprender sino un estar en la vida, con confianza. Por eso cuando, durante el momento final de mi parto, después de anunciarme que mi hija ya estaba ahí, yo le pregunté nerviosa:

- *¿Y ahora qué hago?*

Ella me contestó, confiada:

- *lo que estás haciendo. ¡Lo estás haciendo muy bien!*

Con María aprendí a ver en la maternidad una nueva manera de expresar la sexualidad femenina. Y es sexualidad y es femenina no sólo porque se trata de una experiencia de mujeres sino porque lo que está en juego es el deseo, la libido. Y porque el placer y el displacer están muy presentes en el embarazo, en el parto y en la crianza. Todos ellos son momentos de relación intensa e íntima entre dos cuerpos: el de la madre y el de su criatura.

Notas:

1. Hago mío el sentido del título del precioso libro de la comunidad Hipatia:

Dos para saber, dos para curar. Madrid: horas y HORAS, 2004. Ya que para que algo nuevo nazca (una manera nueva de mirar la salud o la sexualidad, por ejemplo) son necesarias dos cosas: que haya dos (dos criaturas humanas o una ante algo que la mueva: un deseo, un malestar...) y que medie el amor. Escoger este nombre para mí escrito es, a la vez, una manera de agradecer a quienes han sido "lo otro" en mi camino de maternidad. A Juan Carlos, el padre de mi hija. A las acompañantes que, aunque no llegaron al parto, estuvieron conmigo: Remei Arnaus, Àngels Grasses, Mireia Darder y especialmente a mi "comadre" (madre que, con su ser madre, me inspira en mi ser madre) Carme Boó. A las comadronas Pepi Domínguez, Tere Gozalo, Isabel Villena y Sofía Hernández. A las médicas Montse Catalán, Pilar Cuadrat y doctora Tamayo. A la osteópata Marta Español. Y a la mujer que me parió, a quién me es origen: Aurora, mi madre.

2. El resumen de las ponencias de ese seminario está en *DUODA*, Revista d'Estudis Feministes, 20 (2001).

3. Esta frase de María Zambrano se encuentra en la contraportada del libro: *Los claros del bosque*, Barcelona: Seix Barral, 1986.

4. Hago referencia al título del mismo libro de María Zambrano *Los claros del bosque*.

5. Milagros Rivera en su lúcido *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer*. Madrid: horas y HORAS, 1996 nombra mi rechazo, mi "no querer ser madre" de todos estos años. Pues yo no me quería convertir en lo que el patriarcado quiere convertir a las madres, en "una función social no libre" (p. 65).

6. Un adjetivo peyorativo que ellas han transformado en nombre propio y se lo han puesto a la revista que periódicamente publican: "Locas". Esa es otra muestra más de su genialidad al encontrar maneras de nombrar la barbarie preservando la vida, como lo es también el hecho de llevar la cabeza cubierta con un pañal de sus hijas e hijos en forma de pañuelo.

7. Todas las niñas nos quedamos paradas pues no nos habíamos dado cuenta del significado de algo que estábamos nombrando varias veces al día. Me sorprende descubrir que esa experiencia de descubrir algo que ha estado siempre tan cerca se sigue dando en mi vida.

8. Forma parte de la invocación católica *Avemaría*.
9. *DUODA*, Revista d'Estudis Feministes, 11 (1996), p. 79-96.
10. Id. p. 83.
11. Id. p. 84.
12. Se llama falta a la no presencia de la regla. Es curioso que esa palabra "falta" lo que indica es una presencia: un embarazo y por tanto la posibilidad de una nueva vida en curso.
13. Entiendo que sea útil y adecuado asegurarse pero ese comprobar, ese poner a prueba el sentir propio lleva, en ocasiones, a lugares de perplejidad, como cuando a alguien las pruebas médicas dicen que no se tiene nada y en cambio duelo todo.
14. Biblia: Libro del Génesis 3-17. El "parirás con dolor" se ha hecho extensivo no sólo al parto sino a toda la maternidad. Con el auge de las tecnologías genéticas empieza en el "engendrarás con dolor". Engendrar una criatura se vuelve camino costoso (en salud, recursos y tiempo) para muchas mujeres. Y luego continua con la crianza: la capacidad de cuidar la vida es cuestionada por muchos "profesionales" que, aún sin haber experimentado en su propia vivencia, les dicen a las madres lo que han de hacer como nos recuerda Vita Cosentino en *Una realidad cambiada: cómo estar en ella: existen organizaciones enteras que están ahí para enseñarte como ser padre, madre, etc. Reforzando la imagen de uno mismo como no capaz*. (En Anna Maria Piussi (Ed.) *Saber que se sabe. Mujeres en la educación*. Barcelona: Icaria, 1996. p. 213.
15. Carole Pateman: *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 1995.
16. No quiero ser banal en relación al dolor, no soy ni estoica ni masoquista. Pero siento que, en Occidente, perseguimos el placer y huimos del dolor y esa frenética carrera nos lleva a alejarnos de la realidad y de la vida. Una vida real de la que el dolor también forma parte y que, cuando me dejo traspasar por él, salgo crecida. Cuando fuerzo para no "sentirlo" entonces dejo de sentir muchas otras cosas pero lo más importante es que me dejo de "sentir" a mí misma, a mi cuerpo. Y ser feliz tiene más que ver con sentir (-se viva) que con

no sentir, incluido, también, el dolor.

17. Una espera que tiene que ver con el tiempo del ser y no con el tiempo del reloj. La vivencia de estos dos tiempos, el del reloj y el de la vida, el de Cronos y el de Kairós, la he aprendido en el texto *Dos dones divinos: el tiempo y la palabra*. En Milagros Rivera: *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*. Barcelona: Icaria, 2001, p. 58-59.

Fecha de recepción del artículo: Abril de 2006. Fecha de aceptación: Mayo 2006.

Palabras clave: Madre, maternidad, criatura, parir, hija, parir en casa, deseo femenino, cuerpo femenino, Titània, mujeres, sexualidad femenina.

Keywords: Mother, maternity, child, give birth, daughter, home birth, feminine desire, feminine body, Titània, women, feminine sexuality.